

De la edad más risueña me despido.
Si eternidades de aflicción y duda,
Si congojas sin fin, en honda copa,
Delirante apuré . . . también de gozo,
De luz celeste, qué horas! y su paso
Marcan ellas con fuego.— Y del derecho
Soldado soy: con él triunfo ó sucumba,
Qué galardón mejor que el dulce néctar,
El paladeo del deber cumplido?

Soledad, soledad! . . . no es del humano,
Ni en tu lecho de rosas, largo tiempo
Tu aliento respirar: tu peso enorme
El corazón fatiga; y de tus sombras
Invadido al sentirse, hórrido asombro
Le encoge y amilana: lo infinito
En tí se aspira, oh Soledad! . . . lo palpo:
Sólo Dios ó el amor pueden llenarte!

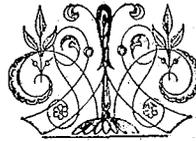
Abelardo Moncayo.



ABELARDO MONCAYO

LA SOLEDAD DEL CAMPO

CONTEMPLACION



QUITO—1901

—1001—

IMPRESA DE "EL DIARIO"

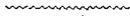
DEDICADA
EN PRUEBA DE ESPECIAL CARIÑO

A LA AMABLE POETISA DOÑA

MERCEDES G. DE MOSCOSO



LA SOLEDAD DEL CAMPO



CONTEMPLACION



I

SOLEDAD, soledad, dulce refugio
Del alma fatigada! Cual un niño,
Que largo día abandonado, al seno
De su madre se arroja; á tu regazo,
Así me acojo yo; tan apacible
Muestras aquí tu maternal sonrisa
Y tan serena tu beldad esplende,
Que al par lloroso y de placer riendo
Beso tu augusta faz. — Este horizonte,
De lo infinito abreviación; la vida
Palpitante doquier; naturaleza

Como extasiada ante su Autor; y el vago
 Himno solemne de la tierra al cielo....
 Oh momento inefable, en que las alas
 El alma tiende audaz; y en misteriosas
 Regiones penetrando, su miseria
 Fácil olvida, y su grandor primero
 Que en su éxtasis recobra se figura!

Qué inmensidad, qué esplendidez! Ni leve
 Nube empaña la esfera: majestuoso
 El Sol, bañando en luz todo el espacio,
 Sube al cenit: del ponto sin riberas
 Es el gigante Leviatán que excelso
 Hiende la azul llanura; los abismos
 Rugen en torno de él; mas, impassible
 El rumbo sin torcer, rastro no deja
 Allá en la tersa superficie, y solo,
 Cual rey campea de los cielos. ¡Oh, Astro,
 Vida y placer del orbe, peregrina
 Sonrisa del Señor!... ¿De tus hogueras
 Algo hay en nuestro sér que, al contemplarte,
 Pasmo somos y amor? — No sin justicia,
 El morador primero de esta zona
 En tí su Padre vió, y en tí el supremo
 Principio y fin de cuanto existe. ¿Cabe
 Para el que ignora al Sol de otras esferas,
 Hermosura mayor que tu hermosura?

Y esos montes azules!... las montañas
 No tienen una voz? Y á su regazo,
 En su belleza al abismarme, siempre
 Atraído me siento: el sutil velo,
 Que más primor á sus contornos presta,
 Al robusto pensar, á la plegaria
 Y al misterio convida; entre sus sombras
 Imaginamos otro mundo, el nido
 De paz y Libertad; ellas heraldos
 De lo alto nos parecen; y qué anhelo
 De coronar sus argentadas cimas,

De respirar su aliento! . . . Ah, de los montes
Sagrado es el ambiente! que con ellos
El alma se agiganta, que á sus ojos
Otro horizonte se abre, que la tierra
Nuestra no es ya, pensamos; y arrobado
Cuál entonces el hombre resplandece!
Tocar del cielo el pabellón, el beso
Sentir de lo infinito, y una nota
Oír quizá de otra región, más cerca
De Dios acaso no nos ponen? . . . Oh Andes,
De su planta, en vosotros, los vestigios
Siempre adoré: por eso vuestras frentes
Dignos cimborios son, que el gran cimborio
De su templo sustentan soberano!

Ni un canto, ni una voz: aun el aliento
Que oigo diría de la tierra! — Grave
Pace el toro en el prado, ó silencioso,
Cual si también pensara, en torno mira
Y la cerviz sacude. En fresca sombra,
La frente apoya en el desuado brazo
Indolente pastor, y de este valle
Creyendo aun suyos los primores, rico
Quizá y dichoso se imagina. Lenta
La yunta allá del acabado surco
Gira á derecha y otro surco vuelve
Humeando á romper; mientras risueño
Ve el labrador, por la pendiente opuesta,
Que para el cuerpo tráele su esposa
Sabroso pan, y de ella y de su hijuelo
Una dulce sonrisa para el alma.
Felicidad, felicidad . . . eterna
Sombra que en vano el corazón persigue!
Si alguna vez reposas ¿del labriego
Prefieres la cabaña, ó el palacio
De opulento señor? de tus favores
Goza más bien el rústico ignorante
Que el fatigado sabio? ó fementida
Quimera del mortal ¿siempre lloroso

Sólo aire ha de abrazar, cuando soñando
Que en tu regazo duermes, se despierta,
Y cierto sólo el infortunio palpa?

El *Oyambaro* ved: allí de sangre
Rastro no halláis, ni del cañón odioso
La voz sus ecos espantó: indolente
Por eso acaso el hombre esa llanura,
Hasta ignorando su valor, recorre.
Rara soberbia del mortal! gigante
Se figura talvez; y siempre niño
En sus juicios le veis: de un vano estruendo
Más pagado á menudo, á olvido infame
Sus más grandes conquistas encomienda.
El *Oyambaro*, *Tarquí*, *Caraburo*
Cuánta grandeza y qué tesón aclaman
Estas sencillas notas! y aun sus nombres
No pocos sabios, á su modo, ignoran.
¿Quién Waterloo, con indecible mezcla
De asombro no repite y de quebranto,
Al evocar la colosal batalla
Del obcecado Cíclope? Y más grande
En tanto aquí, del hombre centellea
El divino pensar; aquí, más honda
Brilla de Dios la huella soberana
En el humano espíritu ¿El arcano
De tu sistema, oh Sol, en esta zona,
No te arrancó la Ciencia? Condamine
Ulloa . . . Boussingault . . . ínclito Caldas . . .
Humbolt y Reiss . . . dejadme que rendido
Vuestras huellas acate! . . . Galileo,
Y Copérnico y Képler ¿orgullosos
No os volvieron la faz, cuando en sus tumbas
El lauro *decisivo* depusisteis?

Humbolt y Bonaparte . . . enlace extraño,
Del pensamiento al divagar: el día
Uncido con la noche; el torbellino
Con la honda calma, el trueno con la aurora

En abrazo no ruin! . . . La mensajera
De paz, y dicha, y libertad; la amable
Hija de la virtud que lentamente
Viene robando inagotable lumbre
De la excelsa morada, en Paraíso
Para trocar esta mansión de duelo;
Llámase Ciencia, el esplendor la viste
Y en qué raudal el bien de ella dimana!
Mas de la Guerra? . . . la orfandad, el hambre,
Hondos dolores, destrucción — la muerte
En forma tan crüel! — Y ambas, en tanto,
De nuestra raza pulidoras, ambas
Obreras del progreso, y centinelas
Del derecho celosas. Si la vida
Es guerra sólo y sin cuartel, — la Ciencia
También es lucha; y de ambas la aureola
Del hombre, en su destierro condenado
A levantar sobre sangrientas ruinas
De la beldad el peregrino templo.
Humbolt y Bonaparte, angustas faces
Del medallón humano,—si el perenne,
Combate del derecho con la fuerza,
Fuente ha de ser del terrenal progreso.
E inexplicable la existencia? . . . En tanto
Que la ignorancia duerma en densa noche,
Y un pueblo entre cadenas se debata,
A la lid, á la lid, nobles obreros,
Por luz y libertad para el hermano!

Oh prodigio, mirad! Naturaleza,
Sublime artista, la envidiable palma
Nunca al hombre cedió, cuando labrando
A su capricho sus arreos, quiere
Cautivar ó aturdir. Como gemelas
En dos cascadas, atronante río,
De un mismo punto, rauda se desgalga,
Con qué belleza y variedad. El uno
Salto es en arco, rudo, impetuoso,
Como el de una alua varonil, que airada

Ruge ó herida de despecho ; la otra,
 La cascadita, idilio cristalino,
 Entre cantares baja en gradería,
 Con tan gracioso y mesurado paso
 Que melindrosa la diríais : perlas,
 Perlas toda ella y femeniles formas,
 Que llora aquí parece, que allá ríe ;
 Pero risas y lloros confundiendo
 En carcajada interminable, vuela,
 Con su gemelo, en vórtice profundo,
 Su candal á mezclar. — ¿ Es una misma
 De las aguas la voz ? . . . De un manso río
 Todas las tardes en la orilla, absorto
 Un acento escuchaba, que del cielo
 Tomaba yo por sacra melodía.
 Qué labios la entonaban, y qué mano
 Estrechaba la mía ! . . . de ese río
 La voz, aun muerto, distinguiera ! Excusa,
 Pobre raudal, si mudas tus querellas
 Halla mi corazón, aunque extasiado
 De tu doble beldad en los hechizos.

La tórtola arrulló : su triste arpergio
 Es un alerta al corazón ; qué instantes,
 Allá, como entre sueños, confundidos,
 En mi memoria su gemir despierta !
 Dormid, dormid, de amores infantiles
 Rosadas ilusiones ! la portada
 Dorasteis de mi vida ; mas en dónde
 Vuestro fulgor ahora ? y una dicha,
 Difunta ya, quebranto más profundo
 No nos vuelve el recuerdo ? — Grave, sordo
 Comienza el viento á esperezarse : en ayes
 Rompe la selva, sus lozanas copas
 Mecidas al sentir y arrebatada
 Su ojarazca doquier. Estos encantos,
 Estas iras ansié. Límpido cielo,
 Sombras, arroyos, sollozantes bosques,
 ¿ No una lengua tenéis más elocuente,

No más suaves acordes que el helado
Y bronco rocar de las ciudades,
Do aturdido el espíritu, anheloso
Alienta apenas, ó infeliz se ahoga?
Aquí brilla la fe; de la esperanza
Se aviva la sonrisa; en celestiales
Visiones el amor, cómo acendrado
Arrecia y se dilata; la amargura
De herido corazón, á este sabroso
Fragante ambiente, se disipa; el alma
Aquí más libre, de su impura cárcel
Burla los hierros, y al olvido dando
El hombre y su heladez, el alto cielo
Arde en más ansia de tocar . . . más grande
De Dios aquí la majestad fulgura!
Ah, dejadme! En afectos empapado
A cual más ardoroso, de mis plantas
Siento la tierra huír. Oh Dios! sed, hambre
De amor cual nunca tengo: una gotilla
De tu inexhausta fuente á este abrasado
Labio me negarás? . . . Cómo anhelante
Suspira el corazón, á este silencio
Con que natura, sorda á todo grito,
De nuestro afán burlándose, responde!
Madre tu no eres del mortal? y muda
Te hallan su gozo y su dolor. Si alientas
De Dios al soplo, cual de madre alterne
Tu voz alguna vez con nuestros ayes. . .

II

ROJIZA lumbre el Sol, cual de un anciano
La afectuosa sonrisa, al ocultarse
Tras el Pichincha, arroja: es á la tierra
El cariñoso adiós! Trémulo, empero,
Párase, ensancha su soberbio disco,
Finge un incendio en gigantesca fragua,
Y en la tierra las sombras agrandando,

Con qué cambiantes el inmenso cielo
 Baña de ópalo y oro.— En tanto, audaces
 Le cercan ya sutiles nubecillas,
 Y, allá y aquí agrupándose, á su trono
 Avanzan más y más, ó caprichosas
 En vistoso desórden se escarmenan.
 Desórden?... véd! monstruosas alimañas
 Altos castillos, pórticos, palacios,
 En cuadro inimitable, de colores
 Cambiando y formas sin cesar, el alma
 No nos embeben, de inefable asombro
 En éxtasis dulcísimo? — En los Andes,
 Pálidas ya las nubes, apiñadas,
 Nuevos montes simulan, nueva hueste
 En són de guerra contra el arduo cielo....
 Del Cotopaxi al plácido Imbabura
 Y del Pichincha al Antisana, libres
 Vagan mis ojos, cual en mar inmensa
 De purpurina ó de violácea lumbre.
 Ante esta vasta, pasmada hechura,
 Y en esta augusta soledad, ah! dime
 Qué eres alma mía?... tus ensueños,
 Tus empresas qué son, qué tus dolores?

Cuando á esta zona, oh Dios, vuelves los ojos
 Y ves de Julio una serena tarde,
 ¿No te complaces, dí, no te sonríes
 De tu excelso poder? Si de natura
 Es tuya la beldad, y también tuyo
 Es el hombre, Señor! mas por qué sombras
 Tantas en su alma aglomeraste, é inerte
 Víctima es siempre del dolor.... ¡Tan bello
 Ese tu cielo, oh Dios, y tan mezquina
 Tu imagen en la tierra!

Fatigado

Se hunde ya el sol, y en más creciente sombra
 La llanura se pierde. En los rediles
 Ya los ganados silenciosos rumian;

En azul espiral, de las cabañas
 Ascende el humo, que al rapaz consuela
 Y también al viajero, que descanso
 Anhela y pan para el marchito cuerpo.
 Ya el canto de las aves, gemebundo,
 Flébil se escucha, cual sí al sol que muere
 Lastimeras llorasen; ya el labriego
 Vuelve empolvado á su tranquila choza.
 Indecible evocación! no de la tierra
 El ambiente respiro: de otros mundos
 Sueño en la ansiada paz, de otra existencia
 Columbro una región. . . . Que el denso velo
 Del *más allá* romper dado nos fuese
 Cuando, acallada la materia, el alma
 Sólo por lo alto y lo invencible llora!
 ¿Visteis tal vez en un oscuro templo,
 Los cirios al morir, cómo cargada
 De sollozos y preces la alba nube
 De incienso, escarmenándose, se eleva,
 Al tierno són del eco, que el suspiro
 Del órgano repite gemebundo?
 Así el alma en el campo, más solemne,
 Mudo santuario del Señor, cargada
 De cuántas dudas y hórridas congojas,—
 El mundo al reposar, á la indecisa
 Claridad del crepúsculo — del cielo
 Busca ardiente el camino; y cual la nube,
 Ay, en su estéril ascensión desmaya!
 Santa ilusión del mundanal orgullo,
 Sed de verdad y de lo eterno. . . . en tanto
 Que ésta del hombre en las entrañas arda,
 No es mezquina de Dios la noble imagen:
 En sus transportes, vedla, en su mirada
 La luz brillando está que la ha informado.

Horrible batallar! ¿para tus hombros,
 Miserable humanidad, de tu destino
 Superior no es el peso? Estos eclipses
 Del amor y la fe; tantos quebrantos

De la esperanza y la entereza ; la hosca
 Decepción á tu lado ; el desaliento
 En las eternas, tenebrosas noches,
 Que del infierno la amargura vierten ;
 Tu misma veleidad ; la insana guerra
 Con tus propios hermanos ; el fastidio,
 El hondo tedio tras el goce ; la ira,
 Al ver que es siempre una impalpable sombra
 La dicha apetecida ; el atractivo
 Del bien, y siempre esclava miserable
 Del detestado mal ; y destinada
 A revestirte de esplendor, perfecta
 A ser quizás ! Y el grito es *adelante !!*
 Aquí caes y allá ; cuánta ignominia
 A menudo te cubre ; tu sendero
 Charcas de sangre marcan y la palua
 Ganando empero vas, y al fin tus sienes
 Ostentarán la singular aureola !

Ya densa oscuridad ; en su regazo
 Reposa el mundo, apenas se sonríe
 En el cielo la noche ; es la solemne
 Hora sagrada de oración. El trueno,
 De Dios aclama el poderío ; el alba,
 Su gloria y su beldad ; mas de la noche
 Esta calma y silencio, esos luceros
 En el tupido azul, y este rocío,
 Que al hombre y su planeta vivifica,
 Amor no gritan y oración ? . . . De hinojos,
 Aun sin sentirlo, el alma se prosterna :
Orad ! las sombras, aunque mudas, cantan ;
Orad ! la tierra, en su quietud, suspira ;
 Y del río el sollozo, y de los bosques
 La plañidora voz, *orad !* murmuran.
 Al ave no le oís ? allá, perdido,
 Echa un gorjeo, y bajo el ala vuelve
 El picuelo á esconder ; mientras los astros
 Siguen orando en silencioso acorde.
 ¡ Y humano habrá que al rayo tembloroso

Del alba luna, á su pesar, no sienta
 Llorando el corazón? De los recuerdos
 Lumbrera fiel, es ella la que amante
 A nuestros brazos al ausente vuelve ;
 Ella, quien melancólica, en su rostro
 Aun del que fué la imagen ilumina ;
 Y ella es la que el pasado de los negros
 Matices despojando, todo ól rosas
 Nos lo devuelve, del actual fastidio
 Para solaz ó encono. Ante la luna
 Por eso el labio, aun inconsciente, arcanas
 Voces murmura ó lúgubres suspiros,
 Que alivio dan al oprimido pecho !

Mas, ay, gran Dios! el corazón vacío
 Orar no puede : noche y amargura
 Mis horas son, y mis ensueños todos,
 Cual esas nubes que en el cielo vuelan,
 Unos tras otros se han deshecho. El rayo
 De la esperanza qué indeciso! En dónde,
 Dónde tu mano? La virtud hollada
 Y el triunfo siempre del protervo ¿ acaso
 Aquí proclaman tu justicia? De ella
 Nunca dudé ; mas, de esperar su lumbre,
 Ya marchitos, Señor, giran mis ojos!

De la montaña en el declivio opuesto
 Puse ya el pié : sudores, agonías,
 Hame costado la ascención : abrojos
 No es ella toda y espinar? — La cumbre
 Tocando estoy, y qué árida! el descenso
 Debe de ser más enojoso Nieblas,
 Miseria y vanidad, negro resumen
 De la humana existencia! Empero estuvo
 En mi mano escoger? Otros su estrella
 O sus hados quiméricos maldigan ;
 Yo atrás los ojos vuelvo, y con ternura,
 —No sin que el lloro mis pupilas ciegue,
 Pero sin ansia ni despecho, — mustio

De la esperanza y la eutereza ; la hosca
 Decepción á tu lado ; el desaliento
 En las eternas, tenebrosas noches,
 Que del infierno la amargura vierten ;
 Tu misma veleidad ; la insana guerra
 Con tus propios hermanos ; el fastidio,
 El hondo tedio tras el goce ; la ira,
 Al ver que es siempre una impalpable sombra
 La dicha apetecida ; el atractivo
 Del bien, y siempre esclava miserable
 Del detestado mal ; y destinada
 A revestirte de esplendor, perfecta
 A ser quizás ! Y el grito es *adelante ! !*
 Aquí caes y allá ; cuánta ignominia
 A menudo te cubre ; tu sendero
 Charcas de sangre marcan . . . y la palma
 Ganando empero vas, y al fin tus sienes
 Ostentarán la singular aureola !

Ya densa oscuridad ; en su regazo
 Reposa el mundo, apenas se sonríe
 En el cielo la noche ; es la solemne
 Hora sagrada de oración. El trueno,
 De Dios aclama el poderío ; el alba,
 Su gloria y su beldad ; mas de la noche
 Esta calma y silencio, esos luceros
 En el tupido azul, y este rocío,
 Que al hombre y su planeta vivifica,
 Amor no gritan y oración ? De hinojos,
 Aun sin sentirlo, el alma se prosterna :
Orad ! las sombras, aunque mudas, cantan ;
Orad ! la tierra, en su quietud, suspira ;
 Y del río el sollozo, y de los bosques
 La plañidora voz, *orad !* murmuran.
 Al ave no le oís ? allá, perdido,
 Echa un gorjeo, y bajo el ala vuelve
 El picuelo á esconder ; mientras los astros
 Siguen orando en silencioso acorde.
 ¡ Y humano habrá que al rayo tembloroso

Del alba luna, á su pesar, no sienta
Llorando el corazón? . . . De los recuerdos
Lumbrera fiel, es ella la que amante
A nuestros brazos al ausente vuelve ;
Ella, quien melancólica, en su rostro
Aun del que fué la imagen ilumina ;
Y ella es la que el pasado de los negros
Matices despojando, todo él rosas
Nos lo devuelve, del actual fastidio
Para solaz ó encono. Ante la luna
Por eso el labio, aun inconsciente, arcana
Voces murmura ó lúgubres suspiros,
Que alivio dan al oprimido pecho !

Mas, ay, gran Dios! el corazón vacío
Orar no puede : noche y amargura
Mis horas son, y mis ensueños todos,
Cual esas nubes que en el cielo vuelan,
Unos tras otros se han deshecho. El rayo
De la esperanza qué indeciso ! En dónde,
Dónde tu mano ? . . . La virtud hollada
Y el triunfo siempre del protervo ¿ acaso
Aquí proclaman tu justicia ? De ella
Nunca dudé ; mas, de esperar su lumbre,
Ya marchitos, Señor, giran mis ojos !

De la montaña en el declivio opuesto
Puse ya el pié : sudores, agonías,
Hame costado la ascensión : abrojos
No es ella toda y espinar ? — La cumbre
Tocando estoy, y qué árida ! el descenso
Debe de ser más enojoso . . . Nieblas,
Miseria y vanidad, negro resumen
De la humana existencia ! Empero estuvo
En mi mano escoger ? Otros su estrella
O sus hados quiméricos maldigan ;
Yo atrás los ojos vuelvo, y con ternura,
—No sin que el lloro mis pupilas ciegue,
Pero sin ansia ni despecho, — mustio